

Javier Lostalé

Poemas

Pureza

Quédate así. Asumido en tu propia luz.
No quieras tocar las orillas
que en invisible vaivén de transparencias
consuman tus ojos en un halo puro.
Que en tu pecho herido por la rosa inclinada de la tarde
la palabra no sea sino una hoja suspendida en el claro de la tormenta,
una forma luminosa de unos labios exhalada;
y que los cuerpos deriven junto a ti en silencio,
como un bosque arrasado por la luna.
Que alguien ciegue las miradas que resbalan en el vidrio de la madrugada
y en su rayo frío doblan al corzo adolescente.
No sepas nunca el mudo de los sotos
que queman las sombras de los trenes.
Voces caliginosas
con lentos relámpagos
te cruzaban el pecho,
más ya tú amabas a un muchacho muerto
con los ojos abiertos en la niebla.
El deseo era un tibio cristal
en el que un árbol desnudo flotase
mientras alguien cruza,
y no roza,
pero queda.
Una lluvia de espaldas
reposaba dulce en tu retina,
mas desde tu frágil tiempo de amor
rehusabas ver sus rostros.
La noche te envolvía en sus olas de yodo
y pasaban los amantes en el contraluz de una nube cárdena
haciendo denso el aire oscuro del río.
Luego, el silencio cercaba puentes
a los que arribabas descalzo en el sueño.
Una mano que no sabes quiere ahora quebrar el pulso de tu mirada.
No digas nada. No regreses.
Quédate así. Bella pasión sola

(Del libro Jimmy, Jimmy)

Javier Lostalé

Poemas

Hablabais

Hablabais, y las mismas palabras
de un mismo tiempo parecían llegar.
Sofocados exprimíais vida
donde sólo muerte había.
Cielos nuevos querían traer
hasta vuestros ojos un soplo de amor,
pero eran ya sólo vacías sombras
en la que desesperadamente se abrazaban
cuerpos en silencio que el aire quemaba.
Las palabras, enfermas, resbalaban
sobre los pechos de los allí caídos,
y alguno, dulcemente se iluminaba a veces,
como si todavía posible fuese la vida;
pero pronto un oscuro deseo
en la sangre crecía
y mudos ya para siempre quedaban.
Sus cabellos, como lentas llamas
alumbraban paisajes tristes
y un corazón solo
suspendía en su dolor el mundo.
Acaso un pensamiento hubiese podido salvarles
mas sus frentes sin luz yacían,
la memoria ceniza ya sólo de un antiguo fuego,
mientras la tarde era una voz
que en el horizonte los borraba.

Del libro **JIMMY, JIMMY**

Javier Lostalé

Poemas

Una luz...

Una luz en pliegues
iba cercándote
con un ámbito
que ya no era soledad
sino espacio hueco
en el que el pensamiento se nublaba
sin poder reducir a verdad
algo de tu vida,
Como tantas veces
fuiste hasta un cuerpo
buscando más el olvido
que el conocimiento del amor.
Y esperaste luego esas tardes
en que el recinto de lo tocado
nos envuelve mágico
trasladándonos un momento.
No hables: sabes que todo se desvanecerá como un aroma
y quedarás aún más solo.
Callado, vive poderoso en tu derrota.
Nunca nadie podrá conocerte,
pues habitante del dolor
tus ojos se retiran siempre
si alguien llega.
Victoria sea tu tristeza
jamás cantada.

(Del libro **JIMMY, JIMMY**)

Javier Lostalé

Poemas

Azul

En la madrugada
todos los trenes tienen los ojos azules
y la memoria de un cuerpo es azul relente.
Entre dos desnudos
hay una sombra azul soledad
como un pájaro a la deriva
que rompe el cristal de los sueños.
Por un pecho pasa sus ramos
la niebla azul de una muchacha
y todo se arrodilla en su espera.
La ausencia riela sus rostros
como un crucero azul hacia imposible beso,
y es que sola baja la que sube sola
y en su aire mueve aurora
que nunca a nadie alcanza.
En la madrugada las camas vacías
no soportan la luz de los faros
mientras sus dueños vagan por la hora azul del deseo.
Y los solitarios regresan envueltos
en invisibles relámpagos azules
que desvanecen cuanto a su playa arriba.
En la madrugada hay charcos de luz
que convierten la mirada de los amantes
en un escalofrío azul.
Las lámparas que se apagan en la madrugada
mantienen una lengua azul
llena de mareas y lunas de armarios.
Cuando en la mesa el árbol se destempla es que llama el amanecer.

(Del libro La rosa inclinada)

Javier Lostalé

Poemas

Coloca tus ojos

Coloca tus ojos en un cielo inmóvil
y escucha en el iris el corazón de una imagen que abre su luz;
baja tus párpados hacia su sueño
y quédate en la corola de la lágrima.
No le digas a nadie donde estás
el cruce de rayos tristes en que te borras.
Levanta la palabra en estado puro
para que nadie oiga sino transparencia
y no empuje sin querer la caída sombra de dentro.
Hunde el rostro en su memoria
e ilumínate con su silencio.
Nunca tu secreto ofrezcas
a la temperatura azul de otro cuerpo .
Redime su espacio hasta ti
con tu ya única vida
la quieta celebración del final del llanto.

(Del libro **LA ROSA INCLINADA**)

Javier Lostalé

Poemas

Breve amor

Absorto el muchacho va
en el otro paisaje
con que el amor transfigura la luz.
Y mira desde su desconocido dominio
cómo las barcas son traspasadas
por la clara palpitación de la sombra
que las dibuja como formas de su deseo.
Envuelto va en la invisible red
que teje un cuerpo poseído en su exhalación
a través del cual escucha
el sonido del trajín diario
misteriosamente sumado a su solitario destino.
Conciencia tiene de la brevedad de su amor
y se inviste de tristeza para salvarlo,
por eso su palabra vive en el confín
y su paso se ilumina en lejanía
no distinta al rayo de la brisa nocturna.
De nadie por lo que posee
se hundirá en la soledad.
Y nunca será reconocido.

(Del libro **FIGURA EN EL PASEO**)

Javier Lostalé

Poemas

Niebla

Todos somos niebla. Nos deshabitamos cada vez que otro ser
tiembla su voz inaugural en nuestra sangre,
y ponemos luego la memoria al nivel de la bruma del mar
para abrazar el transparente cuerpo de lo perdido.
Todos somos niebla. Buscamos una mano
y por un precipicio de silencio resbala
la inocencia muerta de su tacto.
Sobre su cadáver crecen las yemas de nuestro sueño.
Todos somos niebla. Pronunciamos un palabra
y el eco nos devuelve olvido.
Pero el corazón, al no tener cura,
navega tan alto como una estrella.
Todos somos niebla. En un rostro besamos nuestra propia herida
para envejecer después sostenidos por aquella llama de sombras.
Todos somos niebla. Miran siempre lo ojos lo que nunca ven
y así se torna la vida anunciación de un tapiado jardín.
Todos somos niebla. El pensamiento carboniza lo que desvela
hasta alcanzar la grávida invisibilidad del abandono
y despertar todavía imágenes con nuestro ojo de vuelo desierto.
El mundo es niebla. Confusos pasos por dentro.
Deslumbrante ceguera de que se abre mientras se cierra.

(Del libro Hondo es el resplandor)

Javier Lostalé

Poemas

Nadie

Las venas del cielo se hunden entre las palmeras
con fogonazos pálidos que, súbitos, iluminan el mar,
y una bóveda de silencio nublado
moja al solitario con una claridad de sombras ausentes.
En cálida intemperie avanza entonces por la luz de lo destronado,
investido del resplandor de los cuerpos sellados.
Florece el solitario en el puro cansancio de nadie
y se consume cada noche en la exhalación de lo que no existe.
Feliz es el solitario, pues sangre sin nombre,
le conquista para el sueño.
Aurora del tiempo expulsado
desvaría con el corazón de lo que no amaneció.
Sin mirada pasa el solitario
ciego en la espuma por alumbrar.
Atento sólo a su destino de dios sin criatura
arde en su propia quimera.
Por eso nadie ve
a quien por nadie se deshabita.

(Del libro **HONDO ES EL RESPLANDOR**)

Javier Lostalé

Poemas

Inédito

La memoria de la tarde
declina en el silencio,
ajeno en su horizonte,
de un olvidado ramo de rosas.
Hay en todo una penumbra triste
que se hunde sin rostro
mientras el corazón escucha
el latido puro de las sombras.
Una nube fija irradia
en lento vaho tu nombre
y toda la habitación se empaña
con su cuerpo transparente.
El tiempo es vuelo sin anuncio
en el que la mirada se pierde
hasta que el pensamiento alumbra
núbil criatura de espuma.
Un advenimiento sin nadie
se consume entonces en el pecho,
y las lágrimas se nublan
en su hondo cielo sellado.
Una cegada luna
fluye sin hora en la sangre,
mientras la soledad es una estancia
que se va quedando sin aire.
La memoria de la tarde declina
como un labio entreabierto sin beso.

Javier Lostalé

Poemas

Todos vivimos en la frontera, a un paso de la felicidad y a otro del abandono y el desamparo. Somos unos refugiados sin territorio que estamos pendientes de que alguien nos nombre para sentirnos habitantes de algún lugar. Nos vestimos cada día sin saber cuántos grados de soledad seremos capaces de alcanzar, o si, por el contrario, nos sucederán tantas cosas que hasta nuestra chaqueta se sentirá extraña. Y al arribar la noche no sabremos dónde estamos, cuánto nos queda para llegar a la maravilla o al precipicio. Libramos una batalla con nosotros mismos en la que somos reyes y mendigos. Mientras nos ponemos la corona del triunfo o del dinero, nuestro corazón despojado muestra sus harapos. Todos vivimos en la frontera, en la invisible línea que separa palabra y silencio. Hablamos y no hacemos sino callar lo que realmente queremos decir. Guardamos silencio y nos desnudamos de tanto contar. Abrimos una puerta y cerramos un sueño. Tapiamos una ventana y los ojos se quemán con el paisaje. Recibimos una carta y el tiempo pasado borra sus letras. Entre lo claro y lo oscuro navega nuestro pensamiento, y arde cuando sólo quedan las cenizas. Toca la verdad pero se ve deslumbrado por la mentira. Su alma es la razón y, sin embargo, a veces delira. Nada es como es y todo es como nunca fue. Así, instalados en esta frontera del desconcierto, transcurrimos. Nuestros labios mueven el aire del beso y una piel se estremece mientras huye. Nuestras manos se tienden sobre un cuerpo y se vuelven sordas. Queremos hacer algo y nos llaman de otra parte. Nos quedamos quietos y giramos veloces empujados por deseos y presencias. Perseguimos lo imposible y pasamos de largo ante lo que nos ofrece su compañía. Afirmamos estar enamorados y nunca medimos el amor por la calma de los días. Decimos «sí», y sólo pensamos en nosotros. Escribimos «no», y entre las dos letras tiembla la duda. Plantamos una rosa y crece sólo la herida hecha por sus espinas. Todos vivimos en la frontera, anudados a la paradoja, sirvientes del dolor en la alegría y de la ignorancia en el saber. Todos vivimos en una lágrima dentro de la felicidad. Todos tenemos lo que perdemos y escuchamos lo que no nos dicen. Todos habitamos aquello de lo que fuimos desterrados. Todos pregonamos unos principios desmentidos luego por nuestros actos. Y al cruzar a la otra orilla nos ahogamos arrastrados por las voces que ya no oímos. ¡Qué delgada frontera abre y cierra nuestra vida!

(De *La estación azul*, recogido en *La rosa inclinada (poesía 1976- 2001)*, Madrid, Calambur, 2001, pp. 253-254).